

Sobre el contenido del socialismo

Cornelius Castoriadis

Texto publicado en *Socialisme ou Barbarie*, nº 17 (julio de 1955). El texto estaba precedido de la siguiente indicación: "Este texto inicia una discusión sobre los problemas programáticos que tendrán continuación en los próximos números de *Socialisme ou Barbarie*".

De la crítica de la burocracia a la idea de la autonomía del proletariado.

Las ideas expuestas en este texto serán tal vez mejor comprendidas si volvemos a recorrer el camino que nos condujo a ellas. En realidad, partimos de ciertas posiciones en las cuales se sitúa necesariamente un militante obrero o un marxista en una determinada etapa de su desarrollo, y por tanto, de posiciones que fueron adoptadas, en un momento u otro, por todos aquellos a quienes nos dirigimos; y si las concepciones aquí presentadas poseen algún valor, su desarrollo no puede ser obra de las circunstancias o de características personales, sino que debe encarnar una lógica objetiva en funcionamiento. Describir este desarrollo sólo puede entonces aumentar la claridad y facilitar el control del resultado final.¹

Al igual que muchos otros militantes de vanguardia, comenzamos por constatar que las grandes organizaciones "obreras" ya no poseen una política marxista revolucionaria o ya no representan los intereses de los proletarios. El marxista llega a esta conclusión confrontando la acción de tales organizaciones ("socialistas" reformistas o "comunistas" estalinistas) con su propia teoría. Ve cómo los partidos que se dicen "socialistas" participan de gobiernos burgueses, ejercen activamente la represión de huelgas o de movimientos populares en las colonias, son campeones de la defensa de la patria capitalista, y hasta pierden la referencia hacia un régimen socialista. Ve cómo los partidos "comunistas" estalinistas aplican esta misma política oportunista de colaboración con la burguesía o bien una política "extremista", un aventurerismo violento sin relación con una estrategia revolucionaria consecuente. El trabajador consciente hace las mismas constataciones al nivel de su experiencia de clase; ve cómo los socialistas solicitan sus esfuerzos para restringir las reivindicaciones de su clase y para volver imposible cualquier acción eficaz en este sentido, para sustituir la huelga por conversaciones con el patronato y el Estado; ve cómo los estalinistas prohíben rigurosamente las huelgas (como las de 1945 a 1947) e intentan reducirlas por la violencia² o hacerlas abortar insidiosamente,³ o bien buscan imponer brutalmente la huelga a los obreros que no desean hacerlas, pues perciben que es ajena a sus intereses (como en 1951-1952, con las huelgas "antiamericanas"). Fuera de la fábrica, el trabajador ve también a los socialistas y comunistas participando de gobiernos capitalistas, sin que de esto resulte alguna modificación en su condición; y cuando su clase quiere actuar y el régimen está en situación desesperada, los ve asociándose, tanto en 1936 como en 1945, para interrumpir el movimiento y salvar el régimen, proclamando que es preciso "saber limitar una huelga", que es preciso "producir primero y reivindicar después".

Tanto el marxista como el obrero consciente, constatando esa oposición radical entre la actitud de las organizaciones tradicionales y una política marxista revolucionaria que exprese los intereses históricos e inmediatos del proletariado, podrán entonces pensar que estas organizaciones "se engañan" o que "traicionan". Sin embargo, en la medida en que reflexionen, se dan cuenta que reformistas y estalinistas actúan de

¹En la medida en que esta introducción retome brevemente el análisis de diversos problemas ya tratados en esta revista, nos permitimos referir a los lectores a los textos publicados en *Socialisme ou Barbarie*.

²La huelga de abril de 1947 en la Renault, la primer gran explosión obrera en Francia después de la guerra, solo puede suceder después de una lucha física de los obreros con los responsables estalinistas.

³Ver, en el número 13 de *Socialisme ou Barbarie* (pp. 33), la descripción detallada de la manera por la cual los estalinistas, en agosto de 1953, en la Renault, pudieron hacer fracasar la huelga, sin oponerse abiertamente a ella.

la misma manera día tras día, que se actuaron así siempre y en todas partes; antes, ahora y en otros lugares, vieron que no tiene sentido hablar de “traición” y de “errores”. Se podría hablar de errores si esos partidos procurasen alcanzar los objetivos de la revolución con medios inadecuados; pero estos medios, aplicados de modo coherente y sistemático desde hace decenas de años, demuestran simplemente que los objetivos de esas organizaciones no son los nuestros, y que esas mismas organizaciones expresan intereses diferentes de los del proletariado. A partir del momento en que se comprendió esto, no tiene sentido decir que “traicionan”. Si un comerciante, para venderme su mercadería, me cuenta historias e intenta persuadirme que es de mi interés comprarla, puedo decir que me engaña, pero no que me traiciona. Del mismo modo, el partido socialista o estalinista, al intentar persuadir al proletariado de que representan sus intereses, nos engañan, pero no nos traicionan; traicionaron al proletariado de una vez y para siempre, hace mucho tiempo, y, después de esto, no son traidores de la clase obrera, sino servidores consecuentes y fieles de otros intereses, los cuales es preciso determinar.

Por otro lado, esta política no aparece simplemente constante en sus medios y en sus resultados, sino que está encarnada en la camada dirigente de esas organizaciones o sindicatos; el militante percibe rápidamente y a su pesar que esta camada es inamovible, que sobrevive a todas las derrotas y se perpetúa por captación. Quieren que el régimen interno de la organización sea “democrático” como en los reformistas, quieren que sea dictatorial, como en los estalinistas. La masa de los militantes no puede absolutamente influir en su orientación, que es determinada sin apelación por una burocracia cuya estabilidad nunca es cuestionada; incluso cuando el núcleo dirigente llega a ser sustituido, es en provecho de otro no menos burocrático.

En ese momento, el marxista y el obrero consciente tropiezan casi fatalmente con el trotskismo.⁴ El trotskismo ofrece, en efecto, una crítica permanente, paso por paso, de la política reformista y estalinista hace un cuarto de siglo, mostrando que las derrotas de los movimientos obreros –Alemania 1923, China 1925-1927, Inglaterra 1926, Alemania 1933, Austria 1934, Francia 1936, España 1936-38, Francia e Italia 1945-47 etc.– se deben a la política de las organizaciones tradicionales, y que esta política estuvo en constante ruptura con el marxismo. Al mismo tiempo, el trotskismo⁵ ofrece una explicación de la política de esos partidos a partir de un análisis sociológico. En relación al reformismo, retoma la interpretación dada por Lenin: el reformismo de los socialistas expresa los intereses de una aristocracia obrera (que el lucro excedente del imperialismo permite corromper a través de salarios más elevados) y de una burocracia sindical y política. En relación al estalinismo, su política está al servicio de la burocracia rusa, de esta camada parasitaria y privilegiada que usurpó el poder en el primer Estado obrero, gracias al carácter atrasado del país y al retroceso de la revolución mundial después de 1923.

Habíamos comenzado nuestro trabajo de crítica a partir del problema de la burocracia estalinista, en el seno mismo del trotskismo. Por qué fue exactamente sobre este problema, no hay necesidad de largas explicaciones. Mientras el problema del reformismo parecía resuelto por la historia, como reformismo volviéndose cada vez más un defensor abierto del capitalismo,⁶ sobre el problema del estalinismo –que es el problema contemporáneo por excelencia y que en la práctica tiene un peso mucho mayor que el primero– la historia de nuestra época desmentía constantemente la concepción trotskista y las perspectivas que de ella se desprendían. Para Trotsky, la política estalinista se explicaba por los intereses de la burocracia rusa, producto de la degeneración de la revolución de Octubre. Esta burocracia no tenía ninguna “realidad propia”, históricamente hablando; era apenas un “accidente”, producto del equilibrio constantemente quebrado entre las dos fuerzas fundamentales de la sociedad moderna, el capitalismo y el proletariado. En Rusia, la burocracia se apoyaba incluso en las “conquistas de Octubre”, que habían dado bases socialistas a la economía del país (nacionalización, planificación, monopolio del comercio exterior, etc) y en el mantenimiento del capitalismo en el resto del mundo; ya que la restauración de la propiedad privada en Rusia significaría el derrumbe de la burocracia en provecho de un retorno de los capitalistas, mientras que la extensión mundial de la revolución acabaría con este aislamiento de Rusia –del cual la burocracia era el resultado, al mismo tiempo económico y político– y determinaría una nueva explosión revolucionaria del

⁴O con otras corrientes de esencia análoga (bordiguismo, por ejemplo).

⁵Para los representantes serios, que se reducen más o menos al propio Leon Trotsky. Los trotskistas actuales, contradichos por la realidad como nunca fue ninguna corriente ideológica, están en un estado tal de descomposición política y organizativa que no se puede decir nada conciso al respecto.

⁶A fin de cuentas, nuestra concepción final de la burocracia obrera lleva también a rever la concepción leninista tradicional sobre el reformismo. Pero no nos podemos extender aquí en cuanto a esta cuestión.

proletariado ruso, que expulsaría a los usurpadores. De ahí el carácter necesariamente empírico de la política estalinista, obligada a bordear entre los dos adversarios, y planteándose como objetivo el mantenimiento utópico del *status quo*; obligada a sabotear todo movimiento proletario desde que éste colocase en peligro el régimen capitalista, es obligada también a compensar en exceso este sabotaje a través de una violencia extrema cada vez que la reacción, estimulada por la desmoralización del proletariado, intentase instaurar una dictadura y preparar una cruzada capitalista contra “las ruinas de las conquistas de Octubre”. Así, los partidos estalinistas estaban condenados a una alternancia de aventurerismo “extremista” y de oportunismo.

Pero ni esos partidos ni la burocracia rusa podían permanecer así indefinidamente suspendidos en el aire; en la ausencia de una revolución, decía Trotsky, los partidos estalinistas se asimilarían cada vez más a los partidos reformistas y comprometidos con el orden burgués, en cuanto la burocracia rusa sería derrumbada, con o sin intervención militar extranjera, en provecho de una restauración del capitalismo.

Trotsky había asociado este pronóstico al desenlace de la Segunda Guerra Mundial, que, como se sabe, lo desmintió fragorosamente. Los dirigentes trotskistas quedaron en ridículo al afirmar que su realización era una cuestión de tiempo. Pero, para nosotros, lo que se volvió inmediatamente manifiesto –ya durante la guerra– es que no se trataba, y no podría tratarse de una cuestión de plazo, sino del sentido de la evolución histórica, y que toda la construcción de Trotsky era mitológica en sus fundamentos.

La burocracia rusa pasó por la prueba crucial de la guerra mostrando tanta resistencia como cualquier otra clase dominante. Si el régimen ruso comportaba contradicciones, presentaba también una estabilidad no menor que el del régimen americano o alemán. Los partidos estalinistas no pasaron para el lado del orden burgués, sino que continuaron siguiendo fielmente (con excepción, claro, de las deserciones individuales como existen en todos los partidos) la política rusa: partidarios de la defensa nacional en los países aliados a la URSS, adversarios de esta defensa en los países enemigos de la URSS (incluidos los giros sucesivos del PC francés en 1939, 1941 y 1947). En fin, hecho más importante y más extraordinario, la burocracia estalinista extendía su poder a otros países: bien buscando imponer su poder en favor de la presencia del Ejército ruso, como en la mayor parte de los países satélites de Europa Central y los Balcanes, bien dominando enteramente un movimiento confuso de masas, como en Yugoslavia (o, más tarde, como en China y en Vietnam), la burocracia instauraba en esos países regímenes tan análogos en todos los aspectos al régimen ruso (teniendo en cuenta, evidentemente, las condiciones locales), los cuales, con toda certeza, era ridículo calificar de Estados obreros degenerados.⁷

En ese momento, se hacía necesario determinar qué era lo que le daba esa estabilidad y esas posibilidades de expansión a la burocracia estalinista, tanto en Rusia como en otros países. Una vez abandonada la táctica trotskista, era fácil ver, utilizando categorías marxistas fundamentales, que la sociedad rusa es una sociedad dividida en clases, entre las cuales las dos fundamentales son la burocracia y el proletariado. La burocracia ejerce el papel de clase dominante y explotadora en el pleno sentido del término. No se trata solo del hecho de ser una clase privilegiada, cuyo consumo improductivo absorbe una parte del producto social comparable (probablemente superior) al que absorbe el consumo improductivo de la burguesía en los países del capitalismo privado. Es ella quien dirige soberanamente la utilización del producto social total, inicialmente determinando su reparto en salarios y plusvalía (al mismo tiempo en que intenta imponer a los obreros los salarios más bajos posibles y extraer de ellos la mayor cantidad de trabajo posible), luego determinando el reparto de esta plusvalía entre su propio consumo improductivo y nuevas inversiones, y, finalmente, determinando el reparto de estas inversiones entre los diversos sectores de la producción.

Pero la burocracia solo puede dirigir la utilización del producto social porque también dirige la producción. Es debido a que gestiona la producción al nivel de la fábrica que puede constantemente obligar a los trabajadores a producir mas por el mismo salario; es porque gestiona la producción a nivel de la sociedad que puede decidir por la fabricación de cañones y de sedas en lugar de viviendas y tejidos de algodón. Se constata pues que la esencia, el fundamento de la dominación de la burocracia sobre la sociedad rusa es el hecho de que ella domina el interior de las relaciones de producción; al mismo tiempo, se constata que esta misma función fue siempre la base de la dominación de una clase sobre la sociedad. Dicho de otra manera, la esencia efectiva de las relaciones de clase en la producción es siempre la división antagónica de los participantes de la producción en dos categorías fijas y estables, dirigentes y ejecutantes. El resto es respecto a los mecanismos sociológicos y jurídicos que garantizan la estabilidad de la clase dirigente; tales son la propiedad feudal de la tierra, propiedad privada capitalista o esa extraña forma de propiedad privada,

⁷Ver la “Lettre ouverte aux militants du P.C.I.” en el número 1 de *Socialisme ou Barbarie* (pp. 90-101)

impersonal, del capitalismo actual; tales son, en Rusia, la dictadura totalitaria del organismo que expresa los intereses generales de la burocracia, el partido “comunista”, y el hecho de que el reclutamiento de los miembros de la clase dominante se hace por una captación que se extiende a escala de la sociedad global.⁸

De esto resulta que la nacionalización de los medios de producción y la planificación no resuelven absolutamente el problema del carácter de clase de la economía, no significa de forma alguna la supresión de la explotación; ciertamente provocan la supresión de las antiguas clases dominantes, pero no responden al problema fundamental: ¿quién dirigirá ahora la producción, y como lo hará? Si una nueva categoría de individuos asume esta dirección, la “antigua confusión”, de la cual hablaba Marx, reaparecerá rápidamente; pues esta clase utilizará su posición para generar privilegios para sí misma y para aumentar y consolidar estos privilegios; reforzará su monopolio de las funciones de dirección, tendiendo a volver su dominación más total y más difícil de ser encauzada; se inclinará a asegurar la transmisión de estos privilegios a sus descendientes, etc.

Con relación a la argumentación de Trotsky, para quien la burocracia no es clase dominante porque los privilegios burocráticos no son transmisibles hereditariamente, basta recordar:

1. que la transmisión hereditaria no es absolutamente un elemento necesario de la clase dominante;
2. que, de hecho, el carácter hereditario de miembro de la burocracia (no ciertamente de tal situación burocrática en particular) es evidente; basta una medida como la no gratuidad de la enseñanza secundaria (establecida en 1936), para instaurar un mecanismo sociológico inexorable que asegura que solamente los hijos de burócratas puedan ingresar en la carrera burocrática.

Además de todo esto, el hecho de que la burocracia intente (a través de becas de estudio o de selección por “mérito absoluto”) atraer para sí los talentos que nacen en el seno del proletariado o del campesinado, no solamente no contradice sino que sobretodo confirma su carácter de clase explotadora; mecanismos análogos existieron desde siempre en los países capitalistas y su función social es la de revitalizar a través de sangre nueva la clase dominante, de mejorar en parte las irracionalidades que resultan del carácter hereditario de las funciones dirigentes y de mutilar las clases explotadas corrompiendo sus elementos mejor dotados.

Es fácil percibir que no se trata aquí de un problema particular de Rusia o de los años 1920. El problema se presenta para el conjunto de la sociedad moderna, independientemente incluso de la revolución proletaria; es apenas una expresión más del proceso de concentración de fuerzas productivas. ¿Qué es lo que genera, efectivamente, la posibilidad *objetiva* de una degeneración burocrática de la revolución? Es el movimiento inexorable de la economía moderna, bajo la presión de la técnica, en dirección a una concentración cada vez más elevada del capital y del poder, la incompatibilidad del grado de desarrollo actual de las fuerzas productivas con la propiedad privada y el mercado como modo de integración de las empresas. Este movimiento se traduce por una gama de transformaciones estructurales en los países occidentales, respecto del cual no podemos extendernos aquí. Basta recordar que estas transformaciones se encarnan socialmente en una nueva burocracia, tanto burocracia económica como burocracia de trabajo. Ahora, al hacerse lisa y llanamente de la propiedad privada, del mercado, etc., la revolución puede terminar en facilitar la vía de la concentración burocrática total. Se observa pues que, lejos de ser desprovista de realidad propia, la burocracia personifica la última fase del desarrollo del capitalismo.

En consecuencia, se volvía evidente que el programa de la revolución socialista y el objetivo del proletariado no podría ser simplemente la supresión de la propiedad privada, la nacionalización de los medios de producción y la planificación, sino que además debía ser la *gestión obrera* de la economía y del poder. Haciendo retrospectiva de la degeneración de la revolución rusa, constatábamos que el partido bolchevique tenía como programa en el plano económico no la *gestión obrera*, sino el *control obrero*. Esto fue así porque el partido, que no pensaba que la revolución pudiese ser inmediatamente una revolución socialista, ni siquiera se planteaba como tarea la expropiación de los capitalistas, sino que consideraba que éstos guardarían para sí la dirección de las empresas; en estas condiciones, el control obrero tenía como función al mismo tiempo impedir a los capitalistas que organizaran un sabotaje de la producción, controlar su lucro y la disposición del producto de las empresas, y constituir una “escuela” de dirección para los obreros. Pero

⁸Ver “Les rapports de production en Russie”, en el número 2 de *Socialisme ou Barbarie* (pp. 1-66). (Actualmente en *La société bureaucratique*, 1, pp. 205, 283)

esta monstruosidad sociológica en un país donde el proletario ejerce su dictadura a través de los soviets y del partido bolchevique, y donde los capitalistas mantienen la propiedad y la dirección de las empresas, no podía durar; en los lugares donde los capitalistas no huyeron fueron expulsados por los propietarios que asumieron al mismo tiempo la gestión de las empresas.

Esta primera experiencia de gestión obrera duró poco; no podemos aquí entrar en el análisis de este período (muy oscuro y sobre el cual existen pocas informaciones) de la revolución rusa⁹, ni de los factores que determinaron el pasaje rápido del poder en las fábricas a las manos de una nueva clase dirigente: estado de atraso del país, debilidad numérica y cultural del proletariado, deterioro del aparato productivo, larga guerra civil de una violencia sin precedentes, aislamiento internacional de la revolución. Hay un único factor cuya acción durante este período queremos destacar: la política sistemática del partido bolchevique fue, en la práctica, contraria a la gestión obrera, y se inclinó, desde el inicio, a instaurar un aparato propio de dirección de producción, responsable únicamente ante el poder central, o sea, en definitiva, el Partido. Esto en nombre de la eficacia y de las necesidades imperiosas de la guerra civil. Si esta política era la más eficaz en corto plazo, aún queda por saberse; en todo caso, lanzaba los fundamentos de la burocracia.

Si la dirección de la economía escapaba así al proletariado, Lenin pensaba que lo esencial era que la dirección del Estado le fuese conservada a partir del poder soviético; que, por otro lado, la clase obrera, participando de la dirección de la economía por el control obrero, sindicatos, etc, aprendería gradualmente a gestionar. Aún así, una evolución imposible de reconstituir, pero irresistible, volvió rápidamente inamovible la dominación del partido bolchevique en los soviets. A partir de ese momento, el carácter proletario de todo el sistema estaba ligado al carácter proletario del partido bolchevique. Se podría mostrar fácilmente que, en estas condiciones, el Partido, minoría estrictamente centralizada y monopolizando el ejercicio del poder, no podría nunca más poseer un carácter proletario en el sentido fuerte del término, y debería, forzosamente, separarse de la clase de donde había salido. Pero no es necesario ir más lejos. En 1923, “el partido contaba con 350000 miembros: 50000 obreros y 300000 funcionarios. Ya no era un partido obrero, sino un partido de obreros que se volvieron funcionarios”.¹⁰ Reuniendo la “élite” del proletariado, el partido había sido llevado a instalar esta élite en los puestos de comando de la economía y del Estado; en estos puestos, sólo debía presentar cuentas al partido, o sea, a sí misma. El “aprendizaje” de la gestión por la clase obrera significaba simplemente que cierto número de obreros, aprendiendo las técnicas de dirección, salían de su posición y pasaban para el lado de la nueva burocracia. Con la existencia social de los hombres determinando sus conciencias, los miembros del partido actuarían no según el programa bolchevique, sino en función de su situación concreta de dirigentes privilegiados de la economía y del Estado. La jugada estaba hecha: la revolución estaba muerta y, si hay algo espantoso, es exactamente la subsecuente lentitud de la consolidación de la burocracia en el poder.¹¹

Las conclusiones que resultan de este breve análisis son claras: el programa de la revolución socialista no puede ser otro que la de la gestión obrera. Gestión obrera del poder, o sea, poder de los organismos autónomos de las masas (soviets o Consejos); gestión obrera de la economía, o sea, dirección de la producción por los productores, organizados también en organismos de tipo soviético. El objetivo del proletariado no puede ser simplemente la nacionalización y la planificación, porque esto significa restituir la dominación de la sociedad a una nueva clase de dominadores y explotadores; este objetivo no puede ser realizado con la entrega del poder a un partido, por más revolucionario o proletario que este partido pueda ser en el inicio, porque tenderá fatalmente a ejercer el poder por su propia cuenta y servirá de semiente para la cristalización de una nueva clase dominante. El problema de la división de la sociedad en clases aparece en efecto en nuestra época progresivamente bajo su forma más directa y más desnuda, desprovista de todas las máscaras jurídicas, como el problema de la división de la sociedad en dirigentes y ejecutantes. La revolución proletaria solo realiza su programa histórico en la medida en que se inclina, desde el inicio, a suprimir tal división, eliminando toda clase dirigente y *colectivizando*, o más exactamente, *socializando*, *íntegramente*, las funciones de dirección. El problema de la capacidad histórica del proletariado de realizar la sociedad sin clases no es el de la capacidad de derrumbar físicamente del poder a los explotadores (lo que está fuera de duda), sino de organizar positivamente una gestión colectiva, socializada, de la producción y del poder. Se

⁹Ver “Le rôle de l’idéologie bolchevique...” en *L’expérience du mouvement ouvrier*, 2, pp. 395-416, y el texto de M. Brinton ya citado.

¹⁰Victor Serge, *Destin d’une révolution* (Paris, 1937), p. 174.

¹¹Ver el editorial del número 1 de *Socialisme ou Barbarie*, pp 27 y subsiguientes. (Actualmente en *La société bureaucratique*, 1, pp 139-184)

vuelve desde luego evidente que la realización del socialismo por un partido o una burocracia cualquiera en nombre del proletariado es un absurdo, una contradicción en sus términos, un círculo cuadrado, un pájaro submarino; el socialismo no es otra cosa que la actividad gestora consciente y perpetua de las masas. Se vuelve igualmente evidente que el socialismo no puede estar “objetivamente” inscrito, ni en un 50%, en una ley o una constitución cualquiera, en la nacionalización de los medios de producción o en la planificación, ni siquiera en una ley que instaure la gestión obrera: si la clase obrera no puede gestionar, ninguna ley podrá hacer que pueda, y si gestiona, la “ley” sólo deberá constatar esta situación de hecho.

Así, de la crítica de la burocracia, llegamos a la formulación de una concepción positiva del contenido del socialismo: en resumen: “el socialismo bajo todos sus aspectos no significa otra cosa que la gestión obrera de la sociedad”, y “la clase obrera solo puede liberarse ejerciendo su propio poder”. El proletariado solo puede realizar la revolución socialista si lo hiciera de una manera autónoma, o sea, si encontrara en sí mismo al mismo tiempo la voluntad y la conciencia de la transformación necesaria de la sociedad. El socialismo no puede ser el resultado fatal del desarrollo histórico, ni la violación de la historia por un partido de super-hombres, ni la aplicación de un programa que devenga de una teoría verdadera en sí misma, sino el desencadenamiento de la actividad creadora libre de las masas oprimidas, desencadenamiento que el desarrollo histórico vuelve posible, y que la acción de un partido basado en esa teoría *puede facilitar* enormemente.

A partir de ahí es indispensable desarrollar las consecuencias de esta idea bajo todos los aspectos.

(Traducido por LG)

Notas de análisis.

Martín K, abril 10, 2003: Me gustaría aportar algunas reflexiones que se me abrieron a partir de la lectura de los textos (Fenomenología de la conciencia... y Sobre el contenido...), esperando que aporten a la discusión también.

1. Sobre los múltiples planos de la producción Me encantó la idea de la producción en múltiples planos (economía, sexualidad, cultura) (y la consecuente crítica a la perspectiva del homo economicus como el único plano). Me parece que puede ser la llave para pensar cómo se produce la apropiación productiva de los "obreros": se estipula que la producción es X. Se argumenta a favor de la necesidad de esa producción X y se legitima el aparato burocrático que "garantiza" su funcionamiento. La propuesta de Castoriadis de la autogestión de la libre-creación en todos los dominios democratiza la producción, impidiendo que "desde fuera" se impongan las prioridades productivas. Me da la impresión de que Trotsky apuntaba a algo de esto. Me imagino que una vez planteado esta perspectiva (nos pasa en las fábricas recuperadas y en las asambleas) el problema es que no hay garantía. No hay un saber "de afuera" que pueda organizar la producción y hay que construirlo colectivamente y eso es un quilombo (como decimos aquí).

2. Sobre la captura de la producción. Cuando critica tanto al reformismo como la burocracia de partido, creo que lo que se pregunta es como transformar las condiciones de producción colectivamente, sin que eso implique necesariamente una "vanguardia" o "cabeza". En esta línea se inspira Holloway en "como cambiar el mundo sin tomar el poder". Aquí me parece interesante pensar el concepto desplegado de "alienación", desde la perspectiva de la captura "desde adentro". Creo que aquí hay algo muy interesante y que apenas alcanzo a entender, pero creo que tiene su alcance: las relaciones que hacen estable el mundo, tienden a reproducirse. En las crisis se produce una ruptura y una recomposición, que siempre ha implicado una recaptura de un grupo dirigente sobre los dirigidos.

3. Conclusión. Creo que si abrimos la producción a múltiples planos, hay una posibilidad de evitar la captura en la recomposición, en la medida que en principio no hay un dispositivo colectivo a priori, que permita la intersección de los distintos planos de producción. De esta manera, en la multiplicidad se abre una puerta contra la unidad jerarquizante. Recordemos que hoy la factoría mercantil intenta introducir en el seno de la empresa otros planos de producción subjetiva (la empresa-familia), ampliando el espectro de captura de todas las producciones subjetivas. La autonomía sería el nombre del proceso de "otro" proceso de producción, basado en una búsqueda colectiva que tiene en cuenta una multiplicidad de planos productivos. En oposición a una concepción meramente economicista.

LG, abril 11, 2003: Escribe Castoriadis que el trotskismo falló al teorizar sobre la vuelta de la dictadura burocrática al capitalismo. Esto lo escribió en 1955. Al final, tal burocracia se desintegró y en efecto se liberalizaron los mercados, se volvió al régimen de propiedad privada, y se rompió con el monopolio partidista. Esto da que pensar en si al fin de cuentas Trotsky no tenía algo de razón. Sin embargo, en mi opinión, y tal cual se están dando los hechos, las causas de este fenómeno son distintas a las que plantea Trotsky:

"Pero ni esos partidos ni la burocracia rusa podían permanecer así indefinidamente suspendidos en el aire; en la ausencia de una revolución, decía Trotsky, los partidos estalinistas se asimilarían cada vez más a los partidos reformistas y comprometidos con el orden burgués, en cuanto la burocracia rusa sería derrumbada, con o sin intervención militar extranjera, en provecho de una restauración del capitalismo."

Luego dice Castoriadis:

"Pero, para nosotros, lo que se volvió inmediatamente manifiesto –ya durante la guerra– es que no se trataba, y no podría tratarse de una cuestión de plazo, sino del sentido de la evolución histórica, y que toda la construcción de Trotsky era mitológica en sus fundamentos."

Lo que me resulta más razonable (ahora me explico, apoyándome en las propias palabras de C.):

"Dicho de otra manera, la esencia efectiva de las relaciones de clase en la producción es siempre la división antagónica de los participantes de la producción en dos categorías fijas y estables, dirigentes y ejecutantes. El resto es respecto a los mecanismos sociológicos y jurídicos que garantizan la estabilidad de la clase dirigente; tales son la propiedad feudal de la tierra, propiedad privada capitalista o esa extraña forma de propiedad privada, impersonal, del capitalismo actual; tales son, en Rusia, la dictadura totalitaria del organismo que expresa los intereses generales de la burocracia, el partido "comunista" "

O sea, es cuestión de coyuntura. Es decir, de la misma manera que en Rusia se pasó de un régimen burocrático a uno burgués, también puede darse lo contrario, e incluso se puede dar una especie de híbrido de transición (o no) entre ambas. Un par de observaciones me llevan a pensar esto.

1. Por un lado, la evolución del régimen norteamericano. Da la impresión que tiende a burocratizarse asumiendo progresivamente un carácter estalinista, sin implicar con esto que la burocracia y la burguesía norteamericana sean dos fuerzas oponentes, sino todo lo contrario. Vemos cómo los primeros puestos del Estado norteamericano son ocupados por la burguesía petrolera y del complejo industrial militar de Estados Unidos. Vemos además una creciente militarización de este régimen y una constante deriva hacia la limitación de las libertades individuales en función de los intereses del Estado (del partido republicano, del sector de la burguesía antes nombrado). Por supuesto que el régimen de propiedad sigue siendo capitalista, aunque con tendencia a concentrarse cada vez más. Por eso en todo caso podemos hablar de una especie de hibridación, de mayor o menor grado según la etapa evolutiva.
2. En la ex URSS, lo único que cambió fue el régimen, pero los que detentan el poder, los privilegios y el control del aparato productivo son los mismos.

En ambos casos, simplemente, la coyuntura política y económica llevaron a que en cierto momento se debió cambiar el régimen productivo, económico y político por uno más conveniente a la clase dirigente.

Nikka Scalper, abril 14, 2003: Voy a comenzar con una coincidencia con LG, que compara el proceso burocrático soviético con el norteamericano (y el europeo, agregaría yo, y por qué no decir asiático, menos evidentes en estos días por la puja de intereses entre ellos que a unos pone en el lugar de defensores y a otro de invasores, pero...). Tenemos que pensar que el capitalismo, a medida que se va desplegando, va variando sus necesidades de acumulación y de producción, y la forma concreta en la que se organiza la producción (tecnología y administración, política de inversiones, etc), se establecen sus reglas (aspectos jurídicos y teorías económicas) y se relacionan las clases sociales (siempre lucha, sí, pero ¿quiénes, cómo y por qué?).

En las etapas iniciales se creía (porque así era) que los capitalistas eran los propietarios, burgueses que eran dueños de los medios de producción y del capital. Actualmente es más complicado definir quién es dueño de qué cosa, según los parámetros de la propiedad privada, pero no lo es tanto darse cuenta de que hay muchos ejecutivos, que controlan el proceso productivo como otrora lo hacían los burócratas soviéticos (y ahora lo seguirán haciendo bajo otro nombre), y que obtienen beneficios y poder a partir de ese control. Es como si los burócratas se hubieran especializado en el control de la producción en nombre del proletariado, y los ejecutivos lo hicieran en nombre de los intereses de las sociedades capitalistas o del estado nación.

Digamos, en el lugar del imaginario social que en la unión soviética tomó el Partido como referente de los intereses proletarios, en Norteamérica se pone a la patria, el componente nacional, los valores norteamericanos en forma retórica y mediática, para subsumir voluntades a ese super poder totalmente al margen de las urnas y de la ficcional opinión pública, ni qué decir al margen de cualquier intento de verdadera participación popular. Citando a Castoriadis, Reuniendo la élite del proletariado, el partido había sido llevado a instalar esta élite en los puestos de comando de la economía y del Estado; en estos puestos, sólo debía presentar cuentas al partido, o sea, a sí misma.. Si cambiamos las menciones al proletariado por la burguesía, y las menciones al partido por... ¿por?.

Creo que ahí tenemos un problema que puede llevarnos a caer en el mismo equívoco en que cayeron los soviéticos, cuando parecían sostener que con la mera abolición de la propiedad privada en términos capitalistas, o sea, la eliminación de la figura del burgués, se allanaba el camino hacia el gobierno del proletariado. Cambian las condiciones de la explotación, cambian los nombres, no necesariamente desaparece la explotación (es más, creo que se intensifica porque nos encuentra con la guardia baja). Tengo la sensación (bue, sí, y algunas lecturas en ese sentido, como cuando el mismo C. menciona a esa extraña forma de propiedad privada, impersonal, del capitalismo actual, no es que sea tan intuitiva) de que justamente estamos siendo testigo de la consolidación y el ataque de esa forma emergente de la clase burguesa, la burguesía transnacional burocrática, que solamente puede ver como un mal momentáneamente

necesario las presiones de la ciudadanía de los países desarrollados, pero como una molestia intolerable los reclamos y la participación del pueblo de los países que no lo son. Por el momento, esta burguesía transnacional burocrática tiene que aguantarse el simulacro electoral para salvaguardar una legalidad que luego en sus acciones se traduce en ilegitimidad (no representan los intereses de la nación burguesa, sino de los conglomerados económicos anacionales¹²).

Por eso pienso en la gran presión mediática de y en Estados Unidos, la censura, la legislación que reduce libertades elementales, estas últimas que siempre alardearon defender. Y por eso mismo, en la reactivación de la industria armamentista. No creo que se haya reactivado porque se haya dado la coincidencia de que justamente sus representantes llegaron al poder, sino por lo contrario, ellos llegan al poder formal estatal (la burocracia estatal) porque de acá en más será clave la acción represora externa e interna para poder avanzar en el modelo de explotación capitalista tal como lo prevén. Lo mismo sucedería con la camarilla petrolera.

Por eso me parece tan esclarecedora esta cita de C. Dicho de otra manera, la esencia efectiva de las relaciones de clase en la producción es siempre la división antagónica de los participantes de la producción en dos categorías fijas y estables, dirigentes y ejecutantes, porque plantea en términos formales ahistóricos el nudo de la identificación de los sujetos de esta lucha. No porque la burguesía tradicional, propietaria en términos tradicionales y nacionales se vaya a enfrentar a esa burguesía emergente, sino porque los términos en que tendremos que enfrentarnos a ellas dos van a estar condicionados por las características de esta última, la anacional ilegítima pero con máscara de legalidad y controladora de los medios de producción, tanto como de los medios de reproducción ideológica de la sociedad (los medios de comunicación y la educación formal).

Más o menos cuando leí lo que escribí hasta acá me di cuenta de que justo daba pie a otra coincidencia, pero con Martín K, por ejemplo cuando dice acerca de la producción en múltiples planos... La propuesta de Castoriadis de la autogestión de la libre-creación en todos los dominios democratiza la producción, impidiendo que "desde fuera" se impongan las prioridades productivas, o cuando trae a colación el tema de la captura de la producción desde adentro, no a través de vanguardias iluminadas sino por los propios ejecutores de la producción, pero también plantea (y creo entender que como obstáculo) que *"las relaciones que hacen estable el mundo, tienden a reproducirse."* Esa reproducción de las relaciones de estabilidad, las mismas que impidieron un continuo cambio radical en el proceso revolucionario soviético, se apoderan del imaginario social que en un momento fue revolucionario, lo estancan y lo usufructúan sin dejar que el cúmulo del saber obtenido CON la práctica (praxis), sea incorporado, sistematizado y socializado (para evitarlo crean élites). Por eso lo que fue crítica y motor de la revolución HASTA el establecimiento de la burocracia soviética, o lo que impulsó procesos de ampliación de la ciudadanía y aumento de los derechos civiles en los estados nación burgueses, en nombre de esa misma crítica o de esos mismos derechos hacen cualquier otra cosa menos practicarlos, si es que coyunturalmente la práctica de los mismos atenta contra la reproducción del modelo de explotación que ellos controlan (cito a C.: *"Con la existencia social de los hombres determinando sus conciencias, los miembros del partido actuarían no según el programa bolchevique, sino en función de su situación concreta de dirigentes privilegiados de la economía y del Estado."*)

Cuando Martín K critica la concepción meramente economicista, no sé si la critica como una característica de buena parte de la concepción marxista o de las concepciones que sostienen los ideólogos capitalistas. Yo creo que justamente la concepción economicista, y su insistencia en ella, es uno de esos intentos por sobrevivir de las antiguas formas que tomó la lucha de clases. Estamos en una era en la que desde los medios de comunicación no se pretende solo influenciar partidariamente o pautar el consumo, sino además adentrar directivas acerca de cuáles son las formas en que se debe vivir hasta la libertad sexual (libertad sexual pautada, deja de serlo) y mercantilizar hasta nuestros más íntimos procesos psicológicos de conformación de la imagen corporal, y los un poco más externos, de identificación con un grupo social o clase (ni hablemos de conciencia de clase, porque esa necesita de la praxis también). Estamos colonizados por dentro. Y eso es así porque ellos saben (y quién supiera quienes son ellos...) que no somos homo economicus. Tengo la costumbre, la paranoica costumbre, de seguir la trayectoria de la bala para ver qué es lo que ellos consideran peligroso. Por lo pronto, ya han demostrado la capacidad para inmovilizar a los sectores medio-altos, bien informados acerca de sus derechos pero bien entrenados en la recepción de un lenguaje

¹²Anacionales es un neologismo creo, porque transnacionales quiere decir por sobre las naciones, y anacionales querría decir que están totalmente al margen del sentido de la nacionalidad, no importa la retórica a la que se recurra para producir consenso.

verticalista que les pega directamente en el miedo. Y la capacidad para hacer lo propio con sectores más castigados, dándole entidad mediática y socializando la existencia solamente de aquellos movimientos que reproducen mecanismos de lucha ya perimidos, y los presentan como algo obsoleto (y los caricaturizan como algo infra humano, diré). Veo disidencias y críticas al orden imperante, pero desfasadas, basadas en antiguas lealtades y concepciones casi caudillescas o iluminadas del asunto (me refiero a lo que veo en argentina). Hay salvedades, pero son muy maltratadas por los medios.

¿A qué apunto con todo esto? A que los diferentes sectores que forman la burguesía saben que antes que censurar toda protesta, es mejor darle cauce a la menos dañina, la que no es capaz de hacer una evaluación global del asunto por estar vinculada con instancias pasadas de la lucha de clases, aunque tan solo lo estén a través de un mismo lenguaje y del uso anacrónico de los medios de lucha. Los sectores de la burguesía tienen sus especialistas, que ya saben muy bien que no somos homo economicus, pero también que es mejor que nosotros creamos que ellos no lo saben, que están en un error. No pueden socializar esa concepción porque es la que ellos usan al operar en las sociedades (intento de disciplinamiento en todos los planos de la producción, inclusive la simbólica). Hacer eso (socializarla, admitir el fracaso del reduccionismo económico) implicaría hacer coincidir las dos partes de una media medalla: difundir la producción crítica de los intelectuales entre el proletariado o los no dirigentes, aun cuando creo que la producción crítica de los intelectuales tiene en los especialistas contratados por la burguesía a sus más acólitos lectores (aunque no los más brillantes..)

Ahora la pregunta, el desafío: ¿cómo promover el desencadenamiento de la actividad creadora libre de las masas oprimidas, cuando esa actividad creadora libre es vista como amenaza para el orden y para la revolución, en algunos casos? ¿cómo movilizar en ese sentido a aquellos sectores de no dirigentes que tienen enormes dificultades para desarrollar conciencia de clase pero a la vez cuentan con buena parte del saber con el que articular las distintas etapas de la producción (sectores medio-altos), y ese saber sería necesario para gestionar la producción, en el estado de desarrollo actual de los medios y las fuerzas productivas? ¿sigue siendo el obrero el sujeto histórico de esta lucha, o bien tendremos que referirnos a la masa de los no dirigentes y atender a las formas particulares en que se da la explotación en sus diferentes sectores, pero no por eso menos explotación? Creo que así como cambian las especificidades históricas del sujeto explotador, cambian las del explotado y consecuentemente cambian las estrategias exitosas para ambos.